

# OTRA DRAGONADA

## Capítulo 17

### ¿Para qué sirve una babosa?

Lady Citronella se está acicalando para bajar al gran salón del castillo. Desde que su falso esposo, Sir Héctor el Magnífico partió raudo para dar muerte al fiero dragón que asola las lejanas tierras de Evantil, no hay noche en la que no se celebre un suntuoso banquete seguido de un elegante baile. Los nobles se niegan a volver a sus respectivos hogares por miedo a no conocer, de primera mano, las noticias sobre la gran gesta del héroe, que llegan Lauriabel con cuentagotas. Ya está más que harta de tener que aguantar a los falsos nobles. Desde que se enteraron de las victorias de su marido en el Bosque Negro ya no tienen tan claro que vaya a fracasar en su empeño de acabar con la bestia pero aún así, por si el vigoroso noble acabase muerto, no quieren estar muy lejos cuando empiece la disputa para despojarla de todos sus bienes y repartirse las bastas y ricas tierras de Ocatinamio. Un caramelito para los avariciosos nobles ¡Malditos sean por siempre!

—Señora, todo está listo en el gran salón—la criada Filomena entra en los aposentos de Lady Citronella para avisarla, una noche más, del inicio de la fiesta.

—Anuncia que ahora bajo, Felisa—responde la dama.—¿Ha llegado ya el vejstorio ese?

—¿Se refiere a Sir Wallece, señora?

—¿Tú qué crees, Fuencarrala? Parece mentira que a estas alturas aún tengas que preguntármelo.

—Sí, señora, ese viejo pomposo se ha engalanado con sus mejores ropajes—informa Filomena.—Esta noche no le acompaña el joven peculiar de otras ocasiones.

—Momia cicatera—masculla la Lady.—Seguro que ha enviado a su espía en pos del vocero. Baja ya, Fantagruélica, que todos sepan que la señora de este castillo se dispone a presidir la que todavía es su mesa.

\*\*\*



Después de la opípara cena los comensales ocupan la zona de baile del gran salón. Cuando los músicos empiezan a tocar las nuevas melodías de moda las damas y caballeros mueven sus esqueletos, con más o menos gracia, al ritmo que marcan los instrumentos.

—¿Me permite este baile, Lady Citronella?—Sir Wallace no pierde ocasión de torturarla con su presencia.

—Por supuesto, caballero—responde esbozando la más falsa de sus sonrisas.

—Debo decirle que el faisán que han servido esta noche estaba delicioso—el noble inicia la conversación.

*Al corro de la patata, comeremos ensalada, como comen los señores, naranjitas y limones.*

—Es una receta especial de mi cocinera—responde la dama.—Si le diera la receta tendría que matarlo.

*Achupé, achupé, sentadito me quedé.*

—Oh, por Dios—ríe el viejo.—Jamás la pondría en esa tesitura por una simple receta.

*La conga de Jalisco ahí viene, arreando.*

—Claro que no—ríe a su vez Lady Citronella.—Son otras cuestiones las que a usted le preocupan, ¿no es cierto?

*Dale a tu cuerpo alegría, Macarena, que tu cuerpo es pa darle alegría y cosa buena, dale a tu cuerpo alegría, Macarena, aaaaaaay, Macarena, aaaaaaay.*

—Se cuenta por ahí que las extraordinarias hazañas de su marido no lo son tanto y que más pronto que tarde acabará muerto y enterrado.—Sir Wallace apunta directo a la yugular.

*Pajaritos a bailar, cuando acabas de nacer, tu colita has de mover, pio-pio-pio-pio. Para un pajarito ser este baile has de bailar y a todo el mundo alegrar, pio-pio-pio-pio.*

—Veo que no se anda con rodeos, Sir Wallace. Y cuando eso suceda, si es que sucede, ¿qué es lo que querrá usted?

*Para bailar esto es una bomba, para gozar esto es una bomba, para menear esto es una bomba. Y las mujeres lo bailan así, así, así, así. Todo el mundo una mano en la cabeza, un movimiento sexy.*



—Bueno, digamos que no me vendría mal tener una esposa. La vida de un noble caballero puede llegar a ser muy solitaria—el lujurioso carcamal le guiña un ojo.

*No rompas más mi pobre corazón, estás pegando justo, entiéndelo. Si quiebras poco más mi pobre corazón, me harás mil pedazos, quíerelo.*

—Claro, claro, y tampoco le vendrían mal las tierras de Ocatinamio.

*Cántame, me dijiste, cántame, cántame por el camino y agarrado a tu cintura te canté a la sombra de los pinos.*

—A nadie le amarga un dulce y usted, mi bella dama, no quedaría desamparada en el caso de que su valiente esposo acabase devorado por un dragón. Debo añadir, además, que es usted una bailarina excelente. Seguro que se desenvuelve igual de bien en otras lides.

*Izquierda, izquierda, derecha, derecha, delante, detrás, un, dos, tres. Izquierda, izquierda, derecha, derecha, delante, detrás, un, dos, tres.*

—Si me disculpa, Sir Wallace—dice Lady Citronella separándose, asqueada, de su pareja de baile.—Estoy sedienta, creo que iré a por una copa de vino, de repente me ha venido un sabor asqueroso a la boca.

*Para bailar la bamba. Para bailar la bamba se necesita una poca de gracia. Una poca de gracia pa' mi pa' ti y arriba y arriba. Ah y arriba y arriba por ti seré, por ti seré, por ti seré. Yo no soy marinero. Yo no soy marinero, soy capitán, soy capitán, soy capitán. Bamba, bamba. Bamba, bamba.*

Lady Citronella sale de la pista de baile. Sus invitados no paran de danzar y danzar alegremente, ajenos a las ideas que se agolpan en el cerebro de su anfitriona. Si supieran que su bien amado esposo está muerto y sus restos digeridos por los estómagos de los cerdos que han degustado durante la cena se iba a liar muy gorda ¿Pero quién habrá sido el cobarde asesino que acabó con la vida de Sir Héctor? Está segura de que el viejo sapo que no deja de acosarla ha tenido algo que ver. Todo forma parte del macabro plan de Sir Wallace para arrebatarse lo que es suyo y agenciarse de paso otras cosas que tampoco le corresponden ¡Carcamal perverso!

Lo que nadie sospecha en el castillo de Lauriabel es que hay alguien que conoce toda la verdad, alguien que sí sabe lo que le pasó a Sir Héctor el Magnífico en la aciaga noche de



su muerte. Qué bien le vendría a Lady Citronella un poco del agua de la elocuencia que destila Cleopatra en la lejana aldea Evantil.

\*\*\*

Agazapadas entre las sombrías sombras de los sombreados muros de las *sombribolientas* escaleras que unen los *sombrebolescos* aposentos de Sir Héctor con la ensombrecida planta baja, dos rollizas babosas charlan animadamente:

¿A que no sabes a quién me encontré el otro día? Adivina. No, al saltamontes, no. ¿Al escarabajo pelotero?, quita, quita. Adivina, adivinanza. Vale, vale, ya te lo digo, qué impaciente, hija. ¡Al caracol! No, al otro, al de la concha desteñida con una cicatriz muy fea en un lado. No sé, creo que un humano lo pisó una vez. Ay, sí, hacía siglos que no teníamos noticias tuyas y la verdad, para lo que me dijo, mejor no haberlas tenido. Chica, es que fue muy desagradable. Pues no va y me pregunta que para qué sirve una babosa. Cómo lo oyes. Yo al principio pensé que lo decía de broma, sí, es que siempre ha tenido mucha fama de guasón. Me acuerdo una vez que vinieron de visita unas primas tuyas, con la concha puntiaguda, esbeltas, monísimas eran. Venían de un sitio que se llama océano y se ve que allí todas son así. Pues ahora que lo dices no lo recuerdo, supongo que debía ser un buen carro con caballos fuertes para aguantar largos trayectos. De lejos eran, desde luego. Jamás habíamos visto a alguien de su especie por aquí. Bueno, pues al parecer las pobres andaban como locas buscando sal porque en el sitio ese vivían sumergidas en agua salada. Ya ves, raras, raras. Sí, muy simpáticas, pero no me negarás que por aquí no se estila mucho lo del agua con sal. Y en eso que apareció el caracol con unos polvillos blancos y ellas, contentísimas se dieron un baño bien corto, pobrecitas mías. Malísimas se pusieron. Tendrías que haber visto como vomitaban. Para mí que no les quedó ni una sustancia en el cuerpo. Criaturitas. En eso que vimos al caracol muerto de risa, pero llorando y todo que estaba el muy... mira, no me tires de la lengua. Que resulta que lo que les había dado era azúcar, a-zú-car. Como te lo cuento. Una broma pesada. Fíjate que nunca más han vuelto de visita las caracolas y de esto hace años ya. En fin, a lo que iba, pues va y me suelta que es que ha estado de vacaciones junto al huerto del castillo. Eso mismo le dije yo, que hay que ser tonto para meterse en la boca del lobo, que por allí matan a cualquier bicho viviente que se encuentren entre las lechugas. Pero me dijo que el miedo es para los cobardes, que él es un aventurero. Menudo idiota. Al parecer, un amigo suyo le recomendó un sitio, un jardín con un montón de plantas y con una criada que las



riega todos los días. Ya sabes lo mal que lo pasamos en verano, sin una mísera llovizna que nos refresque. Él pensó que estaría bien cambiar de aires una temporada y pasar unas buenas vacaciones en una maceta verde y fresca. Total, que se fue para allí y se escondió debajo de las hojas de una hortensia. A mí tampoco me suena, yo creo que por aquí dentro no crecen. Debe ser una de esas plantas raras que tienen los grandes señores en sus jardines. Oye, y estaba él tan ricamente comiendo y bebiendo a cuerpo de rey cuando un día la criada coge la maceta y la mete dentro de las habitaciones de Lady Citronella. Ni que lo digas, a mí me hubiera dado un patatús. Claro, él se escondió lo mejor que pudo y durante días solo se comió parte de las hojitas de debajo para que no lo notaran. Imagínate lo que le hubiera pasado si alguien le llega a descubrir. El caracol siguió con su táctica de camuflaje hasta que se dio cuenta de que nadie se fijaba en la planta y mucho menos en si allí había un inquilino de incógnito. Sí, yo también creo que los ricos son igual de despreocupados en todas las especies. Entonces se atrevió a asomarse un poco más para observar la estancia. Dice que es increíble la cantidad de rarezas que tiene la señora y que no fue capaz de saber para qué sirven la mayoría de los objetos. Entonces, de puro aburrimiento, se dedicó a escuchar lo que la Lady hablaba con sus sirvientes e invitados y se enteró de muchas cosas interesantes. Se enganchó tanto al culebrón que ya no hacía otra cosa que tener las antenas bien pegadas las conversaciones ajenas. No sé, chica, debe ser que es un chismoso, no como nosotras, que siempre estamos a lo nuestro y nos importa un comino lo que hagan los demás. A eso voy, a eso voy. Al caracol empezó a gustarle estar en la habitación de la señora. Pues claro, perdiendo el tiempo, eso mismo pienso yo. Una vez, Lady Citronella recibió en sus aposentos a un viajero de tierras exóticas, le habló sobre su pueblo y sus costumbres y sobre unos animales que viven muy lejos de aquí que se llaman ñus. El caracol dice que el visitante dijo que son como las cabras pero un poco más grandes y mucho más feos. Se ve que van en manadas enormes y atraviesan territorios gigantescos para buscar comida. Comen hierba, ¿no te he dicho que son como las cabras? En su viaje atraviesan ríos, fangales más bien, y unos lagartos muy grandes que se llaman cocodrilos se esconden y cuando pasan, ¡zas! se comen a unos cuantos. Pero vamos a ver, ¿Tú has visto alguna vez a una lagartija comerse una cabra? Pues eso, que los cocodrilos deben ser enormes. En otras ocasiones, mientras los ñus pastan, llegan unos gatos muy muy grandes que se llaman leones y les atacan y matan a algunos para comérselos. Me has leído el pensamiento, qué casualidad que todos esos animales son gigantes, oye. Pero lo más interesante de todo son las conversaciones con su criada Filomena. Sí, sí, mucho más que lo de los lagartos asesinos de cabras, ya verás. Resulta que Lady Citronella anda toda



loca intentando averiguar quién mató a su difunto marido. Como lo oyes, que se cree que alguien lo asesinó. Pero yo como le voy a decir que está equivocada si ella no habla nuestro idioma. Sí, chica, los humanos son idiotas, se creen que son los únicos que saben comunicarse y no se enteran de nada. Pues se está liando bien gorda porque los demás nobles no se quieren ir del castillo hasta que no regrese Sir Héctor de matar al dragón. Ah, ¿pero no te has enterado? Uyuyuy, pues vas a alucinar. Resulta que el juglar ese contrahecho que encontró al fiambre al pie de la escalera, en vez de estarse calladito y volverse a la cama, fue directo a dar la voz de alarma. Sí, sí, ya sé que tú también estabas y lo viste igual que yo, era por ponerte en contexto, mujer. Ya voy, ya voy, qué impaciente. Pues como la señora no quiere que nadie se entere de que su marido está muerto, ha obligado al pobre pringado a que se haga pasar por Sir Héctor y se vaya a no sé que pueblo a matar a un dragón. ¿Que qué es? Pues un lagarto muy grande que echa fuego por la boca. ¡Otro lagarto! No, si va a resultar que son los dueños de la creación. No tiene imaginación ni nada el caracol. El caso es que la Lady se cree que hay un asesino en el castillo y está moviendo cielo y tierra para encontrarlo. Ay, si supiera que el inútil de su marido se cayó él solito por la escalera y se clavó la espada él mismo. Que menudo susto nos dio con el cacharrerío escalones abajo. ¿Te acuerdas del salto que pegamos? Ahora me río pero en ese momento por poco nos da un infarto a las dos. Vaya manera de despertarnos. Pues mira, te digo una cosa, aunque me entendiera tampoco se lo diría, que no me cae nada bien esa señora. Allá se apañen con sus intrigas esos mezcquinos humanos. Pues claro que tengo razón. Y el caracol es igualito a ellos. Que dice que se ha culturizado gracias a lo que ha visto y oído durante su estancia con la alta sociedad. Y tiene una teoría y todo. Sí, ahora resultará que es un erudito, lo que hay que oír. Agárrate que vienen curvas. Él cree que hay animales que son útiles, como los leones, los pájaros, las vacas... Sí, los caracoles también, cómo no, y otros que solo sirven para ser comidos. Lo que oyes. Que cree que la madre naturaleza hizo a los ñus para que los leones y los cocodrilos tuvieran algo para comer y que por eso ni se molestó en hacerlos un poco más agraciados o más listos. Total, si solo son carne con patas. Los pobres, habrase visto tamaña tontería. Para mí que el caracol se ha tragado una hiedra venenosa y se ha quedado medio alelado porque a ver cómo se explica sino tanta tontería. Pero no te lo pierdas, pues no va y me dice que eso mismo es lo que opina de nosotras. ¿Cómo que qué? Lo que te he dicho, que según nuestro queridísimo vecino, nosotras solo estamos en este mundo para ser el alimento de otros animales. Como te cuento. Pues mira, en un primer momento no le dije nada porque me dejó tan perpleja que no sabía ni por dónde empezar. Ah, pero luego, luego le dije de todo. Que si qué se



había creído, que la única diferencia entre él y nosotras es que él lleva esa concha mugrosa a todas partes, que ya me dirás tú para qué narices la quiere si va todo el día con el cuello estirado, y nosotras preferimos dormir debajo de nuestra piedra, al pie de la escalera, bien frescas. Que no, que no te he llamado fresca. ¡Y dale! a mí me da igual lo que digan los demás. Yo no sé qué le ves al baboso ese, pero chica, para gustos los colores. Bueno, a lo que iba: le solté muchas más cosas porque tú ya sabes que a mí cuando se me calienta la boca ya no hay quien me frene pero hija, es que con el disgusto ya no me acuerdo ni de la mitad. Vamos, que básicamente, este tipo me vino a decir que le da igual si cualquier día viene un pájaro y nos asesina porque, total, solo servimos para que nos coman. ¡Pero qué desfachatez! Mira, es que lo pienso y se me revuelve el estómago. Me entra una angustia así por dentro que no puedo ni respirar. Pues claro que me tiene que dar igual ese malnacido, pero qué quieres que te diga, yo creía que nos tenía en más estima. Que son muchos años ya de compartir vecindario. Se junta unos días con los ricos y ya se vuelve igual de destructivo que ellos. ¿Qué es eso de clasificarnos según lo comestibles que somos? ¡Qué vergüenza! Renegar así de sus semejantes. Porque vamos, digo yo que se parece mucho más a nosotras que a los mamíferos esos, por muy inteligente que se haya vuelto de repente el gran señor. Que si nosotras sólo servimos para ser comida, pues él igual, que no tiene más mérito por mucho que lleve la casa a cuestras. Sí, sí, no te preocupes, ya se me pasa. Pero una cosa te voy a decir: yo no quiero saber nada más del caracol. Eso le dije a él. Bueno, me llamó susceptible, emotiva, histérica. Que no se puede hablar conmigo, va y me suelta. Pero vamos a ver, cómo no me voy a cabrear con las burradas que salieron de su boca. Y encima se me queda mirando con sus ojos saltones como si yo estuviera loca. Él, que habla de tierras mágicas y de animales fantásticos... Por mí ya se puede volver con los humanos si tan maravillosos le parecen. Ay sí, chica, qué sofoco, ya me calmo. Está empezando a oscurecer, podríamos salir un ratito. Me han dicho que hay concierto de grillos a orillas del charco. No, de la charca, no, que están las ranas muy cerca y la última vez se comieron a tres componentes del grupo. Pues ahora en vez de un quinteto son un dúo. Ay, hija, y yo qué sé, habrán adaptado el repertorio. Bueno, ¿vamos o no vamos? Pero no te he dicho que la conversación se acabó ahí. Que me puse hecha una furia y he roto toda relación con él. Pues si me lo cruzo no le miro a la cara y mucho menos le voy a guardar un sitio en la grada, que se espabile. Si luego no oye bien y se pierde la mitad del espectáculo, que no se queje. Se lo podía haber pensado mejor antes de insultarnos de esa manera. ¿Cómo que a ti no te ha hecho nada?, ¿acaso no eres una babosa igual que yo? Sí, sí, tú tienes mejor tipo. Ya te he dicho que lo mío es un problema



de tiroides. Como chocolate porque estoy muy estresada, ¡deja ya de juzgarme! Ya te he dicho que no le perdono, que estoy muy dolida, porque yo soy como soy pero tengo mi corazoncito y ese bribón se ha pasado tres pueblos. Estoy muy calmada. Sabes de sobra que el yoga me aburre mucho. Anda, ¿Te apetece dar un paseo?, así se me pasa el disgusto. Mejor que cojamos una chaqueta por si refresca. ¡Qué no te estoy llamando fresca!, cuando te da por algo no hay quien te haga entrar en razón. A ver, ¿qué es lo que me quieres preguntar? Dime, mujer, que no me enfado. Te lo prometo. Por lo que más quiero en el mundo, sí...¡Pregunta ya de una vez!

¿Que para qué sirve una babosa?

Continuará en el capítulo dieciocho

